

CLÁSICOS UNIVERSALES



# EL VALLE DEL MIEDO

ARTHUR CONAN DOYLE

TRADUCCIÓN DE  
LAURA MANERO



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *The Valley of Fear*

© 2009, de la traducción, Laura Manero Jiménez

© 2009, de las ilustraciones, Fernando Vicente

© 2014, de esta edición, Editorial Casals, SA

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret

Diseño de la colección: Liliانا Palau / Enric Jardí

Ilustración de la cubierta: Enrique Lorenzo

Imágenes del cuaderno documental: © Album/akg-images

(pp. 2, 11 y 13); © 20th Century Fox/Album (p. 15);

© United Artists/Album (pp. 15 y 16); © Corbis/Cordon Press

(pp. 3, 6, 7, 9, 12, 13, 14 y 16); © Getty Images (pp. 3, 5 y 13);

© 2004. Ann Ronan/HIP/Scala, Florencia (portada);

© 2007. The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/ Scala,

Florencia (*Bodegón – Violín y música*,

de William Michael Harnett, 1888, p. 4).

Tercera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-8343-303-4

Depósito legal: B-778-2014

*Printed in Spain*

Impreso en Índice SL

Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# ÍNDICE

Primera parte. La tragedia de Birlstone	9
Capítulo 1. La advertencia	11
Capítulo 2. Sherlock Holmes diserta	27
Capítulo 3. La tragedia de Birlstone	41
Capítulo 4. Oscuridad	57
Capítulo 5. Los personajes de la obra	73
Capítulo 6. Un atisbo de luz	91
Capítulo 7. La solución	111
Segunda parte. Los Saqueadores	135
Capítulo 1. El hombre	137
Capítulo 2. El venerable maestro	151
Capítulo 3. Logia 341, Vermissa	177
Capítulo 4. El Valle del Miedo	203
Capítulo 5. La hora más oscura	219
Capítulo 6. Peligro	239
Capítulo 7. La trampa de Birdy Edwards	253
Epílogo	269
Cuaderno documental: Retrato de un detective	273

# **PRIMERA PARTE**

## **LA TRAGEDIA DE BIRLSTONE**

# CAPÍTULO 1

## La advertencia

—Tiendo a pensar... —dije.

—Eso debería hacerlo yo —comentó Sherlock Holmes con impaciencia.

Creo que me cuento entre los más resignados de los mortales, pero admito que esa interrupción sarcástica me molestó.

—De verdad, Holmes —dije con gravedad—, a veces es usted un poco exasperante.

Holmes estaba demasiado absorto en sus pensamientos para dar ninguna contestación inmediata a mi reproche. Dejando el desayuno intacto frente a sí, se apoyó en una mano y se quedó mirando el papelito que acababa de sacar de un sobre. Después alcanzó el sobre en cuestión, lo acercó a la luz y estudió con mucha atención tanto el exterior como la solapa.

—Es la letra de Porlock —comentó con aire pensativo—. No me cabe la menor duda de que se trata de la letra de Porlock, aunque sólo la he visto en otras dos ocasiones. Esa

e griega con su particular floritura en lo alto es muy característica. No obstante, si es de Porlock, debe de tratarse de algo de extrema importancia.

Hablaba más para sí que conmigo, pero mi disgusto desapareció a causa del interés que despertaron esas palabras.

—Y ¿quién es Porlock? —pregunté.

—Porlock, Watson, es un pseudónimo, una mera señal identificadora, pero tras ella se esconde un personaje sospechoso y furtivo. En una carta anterior me informaba con toda franqueza de que ese nombre no era el suyo y me desafiaba a que intentase localizarlo de entre los muchos millones de esta gran ciudad. Porlock no es importante en sí mismo, sino por el gran hombre con quien está en contacto. Piense en la rémora junto al tiburón, en el chacal junto al león... en cualquier cosa que sea insignificante acompañada de otra formidable; no sólo formidable, Watson, sino siniestra, siniestra en grado sumo. Es ahí donde entra en mi radio de acción. ¿Alguna vez me ha oído hablar del profesor Moriarty?

—El famoso científico criminal, tan famoso entre maleantes como...

—¿Qué cosas tiene, Watson! —masculló Holmes en tono reprobatorio.

—Iba a decir: ... como desconocido para el público.

—¿Qué ocurrencia! ¿Qué ocurrencia más original! —exclamó Holmes—. Está usted cultivando cierta afición inesperada por un humor mordaz, Watson, del que debo aprender a guardarme. Sin embargo, al llamar criminal a

Moriarty está incurriendo en calumnia a los ojos de la ley, ¡y eso es lo magnífico y lo maravilloso del caso! El mayor intrigante de todos los tiempos, el perpetrador de todas las maldades, la cabeza pensante de los bajos fondos, una cabeza que podría haber forjado o malogrado el destino de naciones enteras: ¡ése es él! Pero consigue mantenerse tan apartado de las sospechas generalizadas, es tan inmune a la crítica, su conducta y su modestia son tan admirables, que por esas mismas palabras que acaba usted de pronunciar podría llevarlo a rastras ante un tribunal y salir de allí con su paga de un año como compensación por el daño acarreado a su persona. ¿Acaso no es él el célebre autor de *La dinámica de un asteroide*, un libro que asciende hasta tan enrarecidas alturas de las matemáticas puras que, según dicen, no hubo nadie en la prensa científica que fuera capaz de reseñarlo? ¿Es ése un hombre al que se pueda denigrar? El médico deslenguado y el profesor difamado: ¡ésos serían sus respectivos papeles! Es un genio, Watson. Con todo, si los asuntos de hombres más sencillos no me lo impiden, nuestro día sin duda llegará.

—¡Esté yo ahí para verlo! —proclamé con fervor—. Pero me estaba hablando de ese tal Porlock.

—Ah, sí. El supuesto Porlock es un eslabón que se encuentra a cierta distancia del anclaje principal de esa cadena. Porlock no es un eslabón muy sólido, entre nosotros. Se trata de la única debilidad de la cadena, por lo que he podido constatar.

—Pero ninguna cadena es más resistente que el más frágil de sus eslabones.

—¡Exacto, querido Watson! De ahí la extrema importancia de Porlock. Movidado por cierta inclinación rudimentaria hacia el bien y alentado por el conveniente estímulo de un billete de diez libras que le es enviado de cuando en cuando por métodos enrevesados, en un par de ocasiones me ha adelantado información que ha resultado ser de valor... de esa clase de valor sublime que anticipa y previene el crimen en lugar de vengarlo. No me cabe duda de que, si contásemos con la clave, descubriríamos que este comunicado es de la naturaleza que le indico.

Holmes volvió a alisar el papel sobre su plato, que seguía sin usar. Me levanté y, inclinándome sobre él, miré la curiosa inscripción, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41  
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE  
26 BIRLSTONE 9 47 171

—¿Qué saca en claro de ello, Holmes?

—Es evidente que se trata de un intento de transmitir información secreta.

—Pero ¿de qué sirve un mensaje en clave si no se tiene la clave?

—En este caso, de absolutamente nada.

—¿Por qué dice «en este caso»?

—Porque hay muchas claves que sería capaz de descifrar con la misma facilidad con que interpreto las patrañas de la columna del consultorio sentimental: esas burdas estratagemas divierten al intelecto sin fatigarlo. Pero esto es di-



ferente. Está claro que se trata de una referencia a palabras de una página de algún libro. Hasta que me diga qué página y de qué libro, me hallo impotente.

—Pero ¿por qué «Douglas» y «Birlstone»?

—Porque está claro que esas palabras no aparecían en la página en cuestión.

—Entonces, ¿por qué no ha indicado el libro?

—Su astucia innata, querido Watson, ese ingenio inherente suyo que hace las delicias de sus amigos, sin duda le impediría a usted adjuntar clave y mensaje en el mismo sobre. En caso de extraviarse, estaría usted perdido. De esta forma, ambas cosas tienen que acabar por mal camino antes de que puedan causar daño alguno. El segundo reparto postal del día ya va con retraso, y me sorprenderá que no nos traiga, bien una segunda carta explicativa, bien (lo cual es más probable) el volumen en sí al que se refieren estas cifras.

Los cálculos de Holmes se materializaron pocos minutos después con la aparición de Billy, el chico de los recados, que traía justamente la carta que estábamos esperando.

—La misma letra —comentó Holmes mientras abría el sobre—, e incluso viene firmada —añadió con voz exultante cuando desplegó la epístola—. Venga, Watson, que estamos progresando.

Sin embargo, su ceño se ensombreció al leer el contenido.

—¡Qué barbaridad, pero qué decepción! Me temo, Watson, que todas nuestras expectativas han ido a dar en nada. Confío en que al tal Porlock no le sobrevenga ningún mal.

»Estimado señor Holmes —dice—:

»No seguiré adelante con este asunto. Es demasiado peligroso; él sospecha de mí. Me doy cuenta de que sospecha de mí. Ha venido a verme inesperadamente, justo cuando acababa de escribir la dirección en este sobre con la intención de enviarle la clave del mensaje. He logrado ocultarlo. Si lo hubiera visto, las cosas se me habrían puesto difíciles. Aun así, veo la sospecha en su mirada. Por favor, queme el mensaje en clave, que ahora ya no le será de ninguna utilidad.

»FRED PORLOCK

Holmes se quedó sentado un buen rato, dándole vueltas a esa carta entre los dedos y arrugando la frente mientras miraba al fuego.

—A fin de cuentas —dijo al cabo—, puede que no se trate de nada. Puede que no sean más que sus remordimientos de conciencia. Como se sabe un traidor, puede que haya leído la acusación en los ojos del otro.

—Siendo el otro, imagino, el profesor Moriarty.

—¡Ni más ni menos! Cuando cualquiera de esa banda habla de «él», ya sabe uno a quién se está refiriendo. Todos ellos tienen un «él» preponderante.

—Pero ¿qué podría hacerle «él»?

—Hmmm... Ésa es una pregunta muy amplia. Cuando se tiene a uno de los primeros cerebros de Europa en contra y con el respaldo de todos los poderes de la oscuridad, las posibilidades son infinitas. En cualquier caso, el amigo Porlock está a todas luces muerto de miedo... Tenga la amabilidad de



comparar la letra de la nota con la que aparece en el sobre, que fue escrito, según nos dice, antes de esa aciaga visita. La una es firme y clara. La otra, apenas legible.

—¿Por qué ha insistido en escribirle? ¿Por qué no se ha limitado a dejarlo correr?

—Porque temía que en tal caso yo intentara interesarme por él, lo cual posiblemente le habría acarreado problemas.

—Sin duda —dije—. Desde luego. —Tenía en las manos el mensaje en clave y me estaba devanando los sesos con él.— Es bastante desesperante pensar que este trozo de papel puede contener un secreto importante y que descifrarlo queda más allá de la capacidad humana.

Sherlock Holmes apartó su desayuno intacto y encendió esa repugnante pipa que era la compañera de sus reflexiones más profundas.

—¡Eso está por ver! —exclamó, reclinándose y mirando al techo—. Puede que a su mente maquiavélica se le hayan escapado algunas consideraciones. Contemplemos el problema a la luz de la razón pura. Este hombre hace referencia a un libro. Ése es nuestro punto de partida.

—Un punto un poco vago.

—Veamos, entonces, si podemos concretarlo. Al detenerme a reflexionarlo, me parece bastante menos abstruso. ¿Qué indicios tenemos acerca de ese libro?

—Ninguno.

—Vamos a ver, vamos a ver, seguro que no estamos tan mal. El mensaje en clave empieza con un elevado quinientos treinta y cuatro, ¿verdad? Podemos aceptar como hipótesis de trabajo que quinientos treinta y cuatro es la página en

concreto a la que se refiere el código. De modo que nuestro libro se ha convertido en un libro voluminoso, con lo cual ya hemos ganado algo. ¿Qué otros indicios tenemos sobre la naturaleza de ese voluminoso libro? La siguiente indicación es C dos. ¿Qué infiere de eso, Watson?

—Capítulo segundo, sin duda.

—Difícilmente, Watson. Seguro que estará de acuerdo conmigo en que, especificada la página, el número del capítulo es irrelevante. Y también en que, si la página quinientos treinta y cuatro se encuentra nada más que en el segundo capítulo, la extensión del primero ha debido de ser del todo insufrible.

—¡Columna! —exclamé.

—Espléndido, Watson. Hoy está usted brillante. Si no es columna, es que estoy muy equivocado. Así que ahora, como ve, empezamos a visualizar un libro voluminoso y a doble columna, cada una de las cuales es de una extensión considerable, ya que una de las palabras del documento aparece numerada como la ducentésimo nonagésimo tercera. ¿Hemos llegado ya al límite de lo que puede decirnos la razón?

—Me temo que así es.

—Sin duda está usted siendo injusto consigo mismo. Una agudeza más, querido Watson, ¡otra idea genial! De haberse tratado de un libro poco común, me lo habría enviado. En lugar de eso, antes de que sus planes se vieran frustrados había tenido la intención de mandarme la clave en este sobre. Eso dice en su nota. Lo cual parece indicar que se trata de un libro que él creía que no tendría dificultad en encontrar yo mismo. Él lo tenía... e imaginaba que yo debía

de tenerlo también. En resumen, Watson, que se trata de un libro muy común.

—Lo que dice parece plausible, qué duda cabe.

—De manera que hemos reducido nuestro campo de investigación a un libro voluminoso, editado a doble columna y de uso habitual.

—¡La Biblia! —exclamé, triunfante.

—¡Bien, Watson, bien! Pero, si me lo permite, ¡no del todo! Aunque quisiera apuntarme ya ese tanto a mi favor, sería difícil pensar en un volumen que resultara menos probable encontrar al alcance de la mano de los socios de Moriarty. Además, las ediciones de las Santas Escrituras son tan numerosas que a duras penas puede esperarse que dos copias tengan la misma paginación. Éste es a todas luces un libro que está estandarizado. Él sabía con seguridad que su página quinientos treinta y cuatro se correspondería exactamente con mi página quinientos treinta y cuatro.

—Pero hay muy pocos libros que cumplan esa condición.

—Exacto. En ello reside nuestra salvación. Nuestra búsqueda queda restringida a libros estandarizados que puedan suponerse en poder de cualquiera.

—¡El *Directorio Bradshaw de ferrocarriles*!

—Eso conlleva algún problema, Watson. El vocabulario del Bradshaw es contundente y sobrio, pero limitado. La selección de palabras a duras penas se prestaría al envío de mensajes de carácter general. Eliminaremos el Bradshaw. El diccionario, me temo, es inadmisibles por esa misma razón. ¿Qué nos queda, entonces?

—¡Un anuario!

—¡Excelente, Watson! Andaré muy equivocado si no ha dado usted en el clavo. ¡Un anuario! Consideremos las posibilidades del Anuario de Whitaker. Es de uso muy común. Cuenta con el número de páginas requerido. Está impreso a doble columna. Aunque al principio tiene un vocabulario comedido, si mal no recuerdo, se vuelve bastante locuaz hacia el final. —Cogió el volumen de su escritorio.— Aquí está la página quinientos treinta y cuatro, segunda columna: un enjundioso párrafo que trata, según veo, acerca del comercio y los recursos de la India británica. ¡Anote las palabras, Watson! La número trece es «gobierno». Me temo que no es un comienzo demasiado alentador. La número ciento veintisiete es «maratha»,<sup>1</sup> lo cual al menos tiene sentido, aunque resulta bastante irrelevante para nosotros y para el profesor Moriarty. Bueno, probemos de nuevo. ¿Qué sucede con el gobierno maratha? ¿Qué contrariedad! La siguiente palabra es «porcipelos». ¡Estamos perdidos, Watson! ¡Se acabó!

Había hablado con un deje burlón, pero el temblor de sus pobladas cejas delataba su decepción y su enfado. Yo estaba sentado mirando al fuego, impotente y descontento. El prolongado silencio se vio interrumpido por una repentina exclamación de Holmes, que corrió a un armario del que salió con un segundo volumen de cubiertas amarillas en la mano.

1. Del Imperio Maratha, que existió en la India desde 1674 hasta 1818, cuando cayó bajo poder británico. (*N. de la T.*)



—¡Pagamos el precio de estar demasiado al día, Watson! —profirió—. Nos adelantamos a nuestro tiempo y, como siempre, sufrimos las consecuencias. Al ser hoy 7 de enero, nos hemos provisto muy acertadamente del nuevo anuario, cuando es más que probable que Porlock extrajera su mensaje del antiguo. Sin duda nos lo habría dicho si hubiera llegado a escribir su carta. Bien, veamos qué nos ofrece la página quinientos treinta y cuatro. La decimotercera palabra es «existe», lo cual es mucho más prometedor. La número ciento veintisiete es «un». «Existe un»... —Los ojos de Holmes relucían de entusiasmo y sus dedos secos y nerviosos se retorcían mientras contaba las palabras.—... «peligro». ¡Ajá! ¡Estupendo! Apunte, Watson. «Existe un peligro... muy... pronto... podría... darse... uno.» Después tenemos el nombre «Douglas»... «rico... propietario... ahora... en... Birlstone... casa... Birlstone... convicción... es... apremiante.» ¡Ahí lo tiene, Watson! ¿Qué le parecen la razón pura y sus frutos? Si en la verdulería vendieran coronas de laurel, tendría que enviar a Billy por una.

Me quedé mirando el extraño mensaje que había garabateado en un papel tamaño folio sobre mi rodilla a medida que él lo iba descifrando.

—¡Qué manera más extraña y críptica de expresar lo que quiere decir! —comenté.

—Al contrario, lo ha hecho de una forma extraordinaria —dijo Holmes—. Cuando se examina una sola columna en busca de palabras con las que expresar lo que se quiere decir, difícilmente puede esperar uno encontrar todo lo que desea. Se ve uno obligado a dejar algo al intelecto del



destinatario. El sentido general queda perfectamente claro. Se está tramando alguna maldad contra un tal Douglas, quienquiera que sea, tratándose éste, tal como se especifica, de un acaudalado propietario. Porlock está seguro («convicción» fue lo más cercano a «convencido» que pudo hallar) de que es apremiante. Ahí tenemos nuestro resultado. ¡Yo diría que ha sido un análisis muy eficiente!

Holmes experimentaba el placer impersonal del auténtico artista al realizar un buen trabajo, aunque siempre se lamentaba con amargura si no alcanzaba el alto nivel al que aspiraba. Todavía estaba riendo entre dientes a causa de su éxito cuando Billy abrió la puerta con brío y el inspector MacDonald, de Scotland Yard, fue invitado a pasar a la sala.

Eran aquellos los lejanos tiempos de finales de la década de 1880 en los que a Alec MacDonald le faltaba todavía mucho para alcanzar la fama nacional que ahora ostenta. Era un miembro joven pero bien considerado del cuerpo policial y se había distinguido en varios casos que le habían sido confiados. Su figura alta y huesuda prometía una fuerza física excepcional, mientras que su enorme cráneo y sus ojos hundidos y brillantes hablaban con igual claridad de la viva inteligencia que centelleaba tras sus pobladas cejas. Era un hombre callado y minucioso, de carácter adusto y con un fuerte acento escocés de Aberdeen.

Holmes ya le había ayudado dos veces a conseguir el éxito en su carrera, siendo su única recompensa el disfrute intelectual del problema. Por esa razón, el afecto y el respeto del escocés por su diletante colega eran profundos, y los demostraba mediante la franqueza con que consultaba

a Holmes ante cualquier adversidad. La mediocridad no conoce nada más elevado que ella misma, pero el talento enseguida reconoce a la genialidad, y MacDonald tenía suficiente talento en su profesión para comprender que no era ninguna humillación buscar la colaboración de alguien único en Europa, tanto en cuestión de aptitudes como de experiencia. Holmes no era dado a la amistad, pero toleraba al gran escocés y sonrió al verlo.

—Madrugaba usted, señor Mac —dijo—. Espero que reciba usted la proverbial ayuda. Me temo que esto significa que hay alguna fechoría en danza.

—Si hubiera dicho usted «espero» en lugar de «me temo», se habría acercado más a la verdad, creo yo, señor Holmes —repuso el inspector con una sonrisa de complicidad—. Bueno, quizá un pequeño traguito me ayude a quitarme de encima el crudo frío de la mañana. No, no quiero fumar, gracias. Tengo que seguir camino enseguida, ya que las primeras horas de un caso son las más valiosas, como nadie sabe mejor que usted. Pero ¿qué...? ¿Qué...?

El inspector se había interrumpido de súbito y miraba con ojos de absoluto asombro el papel que había en la mesa. Era el folio en el que yo había garabateado aquel enigmático mensaje.

—¡Douglas! —farfulló—. ¡Birlstone! ¿Qué es esto, señor Holmes? ¡Caray, pero si parece brujería! Por lo que más quiera, ¿de dónde ha sacado esos nombres?

—Se trata de un mensaje en clave que el doctor Watson y yo hemos tenido ocasión de descifrar. Pero, dígame: ¿qué sucede con esos nombres?

El inspector nos miró a uno y al otro con asombro y estupefacción.

—Nada más que esto —dijo—: ¡que anoche el señor Douglas, de la casa solariega de Birlstone, fue horriblemente asesinado.